

Rubio Tovar, Joaquín

*Geografía, teología e historia : algunas
consideraciones sobre los mapas medievales*

Letras N° 57 - 58, 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Rubio Tovar, Joaquín. "Geografía, teología e historia : algunas consideraciones sobre los mapas medievales" [en línea]. *Letras*, 57-58 (2008). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/geografia-teologia-historia-mapas-medievales.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Geografía, teología e historia: algunas consideraciones sobre los mapas medievales

Joaquín RUBIO TOVAR

Universidad de Alcalá de Henares

Resumen: *Durante mucho tiempo, los mapas realizados en la Edad Media han sido entendidos no ya como inexactos y profundamente equivocados, sino como pintorescos e ingenuos. La idea que subyace a esta teoría es que un mapa sólo debe valorarse según el parecido con la realidad representada. Hace ya años, sin embargo, que los mapas han dejado de juzgarse sólo por el grado de fidelidad con la que representan el mundo, entre otras cosas porque aquellos mapas no pretendían la exactitud que nosotros exigimos. Los mapas antiguos no deben juzgarse solamente por su visión de la realidad física, sino como testimonio de otros intereses. Podían mostrar una imagen del mundo y de la historia inspirada en la Biblia y los santos padres, indicar las rutas de peregrinos, señalar hechos destacados de la historia pagana, presentar algunos accidentes geográficos o cómo estaban dispuestos los continentes, y, en definitiva, crear un orden para aprehender o explicar la realidad. Todo esto los convierte en un documento de enorme interés.*

Palabras clave: Edad Media - mapas - cartografía.

Abstract: *For a long time, Medieval maps have been understood not only as inexact and totally incorrect, but also as picturesque and naïve. The idea behind that theory is that the value of a map depends only on its resemblance to the represented reality. In the last years, however, maps have no longer been judged by their degree of realism, partly because those maps did not aim at the exactness that we require nowadays. Ancient maps should not only be judged by their vision of the physical reality, but as a testimony of other interests. They could show an image of the world and its history inspired in the Bible or the holy fathers, indicate the roads to pilgrims, highlight important facts of pagan history, represent some geographic accidents or how the continents were displayed, and, finally, create an order to apprehend or explain reality. All these features make them very interesting documents.*

Key-words: Middle Ages, maps, cartography.

1. Complejidad y riqueza de los mapas medievales

Dedico las primeras clases de la asignatura *Literatura románica medieval* a presentar la imagen del mundo que compartían los autores de las obras literarias y el público que las escuchaba o leía. Cuando hablo de imagen del mundo me refiero a la idea del universo y de la tierra, a la organización del espacio y del tiempo, a las creencias y al poderoso imaginario de la época. Uno de los asuntos tratados en esas clases iniciales es el mapa medieval.

El contenido de estas sesiones no es un apéndice descolgado del resto del programa, porque su contenido permanece activo y remito a él continuamente. No presento sólo la imagen del mundo que tenían los hombres cultos, sacada de tratados u obras de erudición, sino que también la contraste con la que se desprende de los textos literarios. Tanto en los primeros cantares de gesta y *romans*, como en la lírica culta latina y romance o en la prosa histórica (y no digamos en los libros de viajes), aparecen referencias a la imagen del mundo. A la hora de explicar el universo que construye Dante para la *Commedia* es imprescindible presentar la imagen del cosmos que el poeta estudió en algunos tratados. Y si se trata el tema de los monstruos y su sentido en las obras literarias o en los pórticos románicos y góticos, es necesario acudir a los mapas para ver dónde los situaban quienes escribieron los textos o diseñaron las obras arquitectónicas. Si se habla de literatura de peregrinación, no sobraré referirse a algunos mapas que señalan rutas y santuarios. Pero es que, además, hay mapas que se dibujan para ilustrar textos y textos que describen mapas, de manera que la relación entre imágenes y textos es de particular interés en el caso que nos ocupa.

Durante mucho tiempo, los mapas realizados en la Edad Media han sido entendidos no ya como inexactos y profundamente equivocados, sino como pintorescos e ingenuos. La idea que subyace a esta teoría es que un mapa sólo debe valorarse según el parecido con la realidad representada. Partiendo de este punto de vista, parece que hay una progresión lineal en la confección de mapas, que llegarían a ser tan perfectos que, como en un cuento de Borges, se confundirían con la realidad. Hace ya años, sin embargo, que los mapas han dejado de juzgarse sólo por el grado de fidelidad con la que representan el mundo, entre otras cosas porque aquellos mapas no pretendían la exactitud que nosotros exigimos, ni tampoco se utilizaban como guía para emprender un viaje.

Los mapas antiguos no deben juzgarse solamente por su visión de la realidad física, sino como testimonio de otros intereses. No buscaban los mismos objetivos que hoy buscamos ni tenían los mismos significados que les otorgamos. Podían mostrar una imagen del mundo y de la historia inspirada en la Biblia y los santos padres, indicar las rutas de peregrinos, señalar hechos destacados de la historia pagana, presentar algunos accidentes geográficos o cómo estaban dispuestos los continentes, y, en definitiva, crear un orden para aprehender o explicar la realidad. Todo esto los convierte en un documento de enorme interés.

La imagen del universo del hombre medieval y del hombre antiguo tenían algo en

común, pues ambos veían y sentían el mundo como una estructura limitada, como una figura modelada; dicho en términos geográficos, como un círculo o como una esfera. Sin embargo, esta limitación se enriquecía con la profundidad y complejidad del contenido simbólico que se mostraba en todas partes. Los símbolos estaban relacionados y constituían un orden sólidamente articulado. Los ángeles, los santos, las estrellas y las notas musicales, muchos elementos de la naturaleza, los estratos de la sociedad y la estructura del hombre, se presentaba como un sistema de símbolos. Quienes inspiraron y diseñaron aquellos mapas consideraban que lo esencial de la realidad se expresaba en las formas que adoptaba, pues estas revelan sus contenidos más profundos. Toda forma se convierte en símbolo y remite a una realidad que la trasciende. El mundo, tanto en su totalidad como en cada uno de sus elementos, es imagen de Dios, y la jerarquía de cada ser está determinada por el valor y el grado de semejanza con él. Para el hombre medieval la ciencia significa profundizar en aquello que la palabra revelada le presentaba como verdad. (Guardini, 1963)

Los inspiradores de los mapas no investigaron la naturaleza y la realidad física de la tierra de forma empírica, sino por medio de símbolos, abstracciones y generalizaciones. El saber de los antiguos les enseñaba que la naturaleza se reducía a los cuatro elementos que componían el universo y el hombre se consideraba un microcosmos compuesto de tierra (la carne), agua (la sangre), aire (el aliento) y fuego (el calor). Los diferentes dominios de la vida y del mundo estaban íntimamente unidos por relaciones de analogía. Esta manera de concebir el saber, en el que tantas materias aparecen involucradas, explica que el mapa no fuera un documento que interesase a una sola disciplina sino a varias, y que apareciese en volúmenes dedicados a casi todas las áreas de la ciencia medieval. Debe destacarse que la mayoría de los mapas medievales conservados aparecen arropados en libros, rodeados por textos y por otra clase de diagramas. Esto dice mucho sobre su papel en el pensamiento, pues acompañan las obras de autores muy dispares, que fueron copiados a menudo en la Edad Media: Salustio, Lucano, Macrobio, Virgilio (en particular las *Geórgicas*), San Isidoro, Beda, los Beatos, Ranulf Higden, Guillaume de Conches, Lambert de Saint Omer, etc. Se trata de un grupo muy heterogéneo de autores, pues encontramos escritores latinos de varias épocas, autores medievales de enciclopedias junto a historiadores, filósofos, poetas e incluso un teólogo, como el Beato de Liébana. Entre ellos hay paganos y cristianos. Beda atraviesa todas las categorías: fue historiador, científico y teólogo, uno de los hombres más sabios del siglo VIII. Por distintas razones las obras de estos autores exigían la presencia de un mapa para apoyar y clarificar sus argumentos. Es sintomático que todavía en el siglo XIV Paulinus Minorita (ca. 1270 - 1344) escribiera en su *Historia Universal*:

Sin mapamundi no es difícil, sino imposible imaginar y concebir lo que nos enseñan las Sagradas Escrituras y los escritos profanos de la descendencia de Noé, de los cuatro Imperios y de los otros reinos y sus provincias. Este mapamundi debe ser doble: pin-

tura y escrito (*requiruntur autem mapa duplex, pictura et scriptura.*) (Citado por Zumthor 1994, p. 325)

La vecindad entre la crónica del mundo y el mapa se ha puesto de relieve muchas veces. En numerosos mapas aparecen dibujados hechos fundamentales de la historia universal (como la torre de Babel, las conquistas de Alejandro Magno o las rutas de peregrinación) que se habían producido en lugares que era posible localizar en el espacio. Troya, el paraíso terrenal o la travesía del Mar Rojo se muestran en el mismo plano donde se dibujan los Pirineos o el Danubio. No es extraño que algunos mapas fueron llamados *histories*. Pueden leerse, en efecto, como relatos, pues reproducen hechos fundamentales en el espacio en el que tuvieron lugar, pero que hablan también del paso del tiempo. Sin embargo, los mapas no aparecen sólo en obras de contenido histórico o en libros de cálculo.¹

De la amplia serie cartográfica recogida en los manuscritos del *Comentario al Apocalipsis* atribuido a Beato de Liébana, el mapamundi conservado en la catedral del Burgo de Osma es el más interesante. Forma parte de la familia de manuscritos, que ilustra de manera más literal el pasaje del Comentario que se refiere a las tierras de misión de los apóstoles (Romero Pose 1985 I, 191-193). En estos mapas se sitúa a los apóstoles en las tierras del orbe que debieron evangelizar, y se destacan los lugares de peregrinación con la representación de las cabezas de los santos. Pero el mapa, que es fruto de una geografía inseparable de la historia, se abre también a las noticias del presente, de modo que tienen en él cabida tanto Troya, como Compostela, que ya era uno de los mayores santuarios de la cristiandad. De los confines que delimitan la península, *Gallecia* ocupa las dos terceras partes y es significativa esta magnitud frente a la *Hispania* que todavía se reconocía musulmana. Se mencionan *Olisbona*, *Kartagine* y *Terragona*, que hacen pensar en la toponimia romana.² A Toledo se la evoca con una fortaleza recién conquistada (1085) y eso ‘nos hace regresar a la viva actualidad en la que el mapa se produjo’ (Moralejo 2004: 267).

Junto al carácter narrativo que adoptan, a veces es evidente su condición de representación. Como ejemplo recordaré solamente el mapa que ilustra *Imago mundi* de Honorius Augustodunensis (1098-1156). La obra es básicamente un tratado de la naturaleza, un *De natura rerum* en la que se describen el universo, la tierra y las aguas, los reinos del aire y del fuego; se incluyen cálculos y medidas y, finalmente, se compilan sucesos bíblicos junto a paganos dentro de la estructura de las seis edades. Se nombran cónsules romanos, los Sumos sacerdotes de los judíos o las persecuciones de los cristianos. Honorio recordaba que su libro se llama *imago* pues era posible ver representada en sus

¹ El interés por la medida del tiempo y por el cálculo de las fechas se recoge también en los mapas. Interesaba conocer con detalle la cronología para relacionar los hechos bíblicos con los de los gentiles. Las diferencias entre la encarnación, el nacimiento y la muerte de Jesús dio pie a desajustes importantes.

² La inercia propia de las tradiciones medievales mantuvo algunos elementos de la antigüedad. A veces subsiste la toponimia romana en detrimento de los cambios históricos, incluso en mapas del siglo XV. Todavía Atanasius Kircher, a mediados del siglo XVII, representaba el interior del continente asiático de acuerdo con los datos suministrados por Marco Polo. Véase Zumthor, 1994, 307.

páginas una imagen del mundo. El título de la obra ya sugiere un elemento visual. En el frontispicio de un manuscrito de finales del XII o principios del XIII, que está ahora en Cambridge (Corpus Christi College, Ms. 66), aparece un mapa del mundo con más de doscientos topónimos.

Hay mapas que aparecen en los libros de historia y mapas que son historias en sí mismos, pero si el lugar donde aparecen dice mucho de la versatilidad de estos extraordinarios documentos, las clasificaciones propuestas según su forma y contenido revelan otros intereses, como luego veremos.

2. Antigüedad pagana y antigüedad cristiana

La visión medieval de la tierra y del universo nace de una cristianización de viejos símbolos y mitos paganos. El mundo cristiano heredó de la antigüedad una serie de doctrinas científicas y especulaciones que fueron simplificadas y cristianizadas. Las complejidades de Aristóteles y de los geógrafos griegos debieron transformarse en un sistema simple que pudiera ser entendido por personas de muy escasa formación. Algunas de estas simplificaciones fueron realizadas por escritores romanos. Es el caso de Solino y su colección de maravillas en la *Collectanea rerum mirabilium*, que arranca de la obra de Plinio. A finales del siglo IV Macrobio escribió un extenso comentario al ‘Sueño de Escipión’ que aparece al final de la *República* de Cicerón. La obra termina con el relato de una visión o un sueño. Escipión el Africano Menor, uno de los interlocutores en el diálogo de Cicerón, relata que la tarde anterior al sueño había estado hablando con su abuelo y que luego éste se le apareció y le llevó a una esfera celeste desde la que se contemplaba Cartago. La tierra, viene a decirnos, es esférica y dividida en cinco zonas, dos de las cuales, la antártica y la ártica son inhabitables. Entre las dos zonas habitables se extiende la zona tórrida, inhabitable a causa del calor. En este célebre pasaje se transmitió una doctrina repetida durante siglos y sirvió de inspiración de muchos mapas y fue descrita en algunas obras literarias.

También se ilustró con un mapa un texto de la *Guerra de Yugurta* de Salustio (86-34 antes de C). Tras narrar los dramáticos sucesos del principio de la historia, se detiene este discurso y describe las naciones de África. La obra más influyente de Virgilio en este campo no fue la *Eneida* (que fue considerada una autoridad y no sólo por los hechos históricos que narraba) sino el libro I de las *Geórgicas*, donde describe la división del cielo en cinco zonas y su reflejo en la tierra. El pasaje fue abundantemente citado y comentado en la Edad Media (es particularmente importante el comentario de Servio). Además de Salustio y Virgilio, también fue ilustrada la *Farsalia* de Lucano con un mapa. Junto a los vagos conocimientos de la cartografía antigua debe recordarse la presencia en los mapas medievales de lugares emblemáticos de la historia y la mitología, como la expedición de Jasón, Creta y su laberinto, la isla de Calipso, Troya, el árbol del sol y de la luna

visitado por Alejandro, etcétera. No es extraño que en la esquina del mapa de Hereford veamos a Augusto comentando el mapa con unos geógrafos.

La Biblia ofrecía muy poca información sobre cosmología, salvo en el *Génesis* y en algunos versículos sueltos de algunos libros. La forma y disposición general del mundo en el Antiguo Testamento responde a lo que Schiaparelli llama la “cosmografía de las apariencias” (1946: 29), una superficie más o menos llana, de forma aproximadamente circular en la que están los continentes y los mares. En el *Libro de Job* (26, 10) leemos que Dios ‘fijó un círculo como término a las aguas, allí donde la luz linda con las tinieblas’. En los Proverbios (8, 27) leemos que Dios ‘trazó el círculo que está en la superficie del mar’, es decir, el límite donde se tocan el cielo y el mar que rodea los continentes. En Job (22, 14) se afirma que Dios ‘recorre el círculo del cielo’, es decir, el espacio esférico limitado por el círculo en que lindan el cielo y la tierra.

La altura de los cielos y la figura circular de la Tierra están indicadas en Isaías, donde se lee (40, 22): ‘Él (el señor) que habita sobre el círculo de la Tierra, sus habitantes parecen saltamontes’. En el centro del círculo terrestre está Jerusalén: ‘Esto dice el Señor: Se trata de Jerusalén: la puse en el centro de los pueblos, rodeada de países’ (Ezequiel, V, 5).³ Alrededor del centro están dispuestas las naciones de la tierra habitadas por los descendientes de Noé, según leemos en el capítulo X del *Génesis*. La búsqueda, la necesidad de un centro ha sido descrita por Mircea Eliade como uno de los rasgos que definen al hombre religioso. La revelación de un espacio sagrado permite obtener ‘un punto fijo’, orientarse en el caos (Eliade, 1973). La Biblia se refiere, además, al Jardín del edén, que fue situado en las partes orientales de la Tierra, y que fue continuamente representado en los mapas. Todavía creía Colón que había pasado cerca de él en uno de sus viajes a las Indias.

Es ocioso recordar a estas alturas que la huella de la Biblia y de su exégesis por parte de los santos padres fue muy profunda en la imagen del mundo, en la concepción de la historia, en el arte, en la literatura. La idea de universo como una realidad temporal, nacida de la creación simultánea de tiempo y espacio descrita en el *Génesis*, inspiró una manera de hacer mapas que mostraba ambas dimensiones. La división de los continentes según el lugar que poblaron los hijos de Noé (*Génesis*, IX y X) es un ejemplo. A sus tres hijos, a los tres continentes, se unían las incontables analogías que permitía el número tres, que relacionaba muchas realidades.

Otra idea de origen bíblico representada en los mapas era, como señalé antes, la presencia del paraíso terrenal en el este, en lo alto del mundo, con cuatro ríos (Tigris, Éufrates, Fisón, generalmente identificado con el Ganges, y el Geón, que corresponde al Nilo) que nacían en él. Como el hombre no volvería jamás al paraíso, se le representaba como contemplación, no como una tierra a la que pudiera llegarse por medios humanos, aunque muchos viajeros creen haberse llegado a sus límites, pues su acceso estaba prohi-

³ El peregrino islandés Nicolás de Therva, que visitó Jerusalén en el siglo XII, escribe del Santo Sepulcro: ‘Es allí donde se encuentra el centro del mundo; el día del solsticio de verano cae allí la luz del sol perpendicularmente desde el cielo.’ Citado por L. I. Ringbom, *Graltempel und Paradies*, Estocolmo, 1951, p. 255.

bido. En la *Commedia* de Dante, Dios castiga a Ulises cuando estaba a punto de llegar a la montaña del Purgatorio, en cuya cima estaba el paraíso terrenal. Por lo demás, las bestias, los monstruos aparecen también en los mapas, en una esquina del mundo. Su presencia era inquietante y suscitó numerosas reflexiones. (Rubio Tovar, 1998 y 2006)

3. San Isidoro y los primeros mapas.

Aunque los mapas que ilustraban la concepción antigua del mundo fueron influyentes, no fueron ellos quienes más profundamente determinaron la imagen medieval. Antes habría que considerar la visión universal de la historia de acuerdo con el plan de Dios. La secuencia de hechos se estructuró en seis edades, combinada con la secuencia de los cuatro grandes imperios del mundo, que habían ido trasladándose desde el este hasta el oeste.⁴ En la tarea de explicar el sentido de la historia y de fechar y relacionar los imperios en el tiempo contribuyeron autores como Eusebio y San Jerónimo, Orosio y San Agustín. Orosio escribió sus *Septem libri adversus paganos* encargado por San Agustín en el primer tercio del siglo V, y empezó su obra presentando la geografía del mundo que sirvió de base a la elaboración de mapas como el que se conserva en la Biblioteca municipal de Albi y acompaña un epítome del libro de Orosio.

San Isidoro de Sevilla ocupa un lugar capital en la tarea de conciliar el mundo pagano y el bíblico. De su inmensa obra nos interesa destacar, además de las *Etimologías*, el tratado *De Natura rerum*, que se ha traducido como *Tratado de la naturaleza*. En el prólogo a la obra se invoca el *Libro de la sabiduría* para señalar que Dios dio al hombre la facultad de conocer la naturaleza y el mundo circundante:

Él me otorgó un conocimiento infalible de los seres para conocer la trama del mundo y las propiedades de los elementos; el comienzo y el fin y el medio de los tiempos, la sucesión de los solsticios y el relevo de las estaciones; los ciclos anuales y la posición de las estrellas; (...) todo lo sé, oculto o manifiesto, porque la sabiduría, artífice del cosmos, me lo enseñó. (7, 17-19 y 22)

De natura rerum ofrecía una explicación de los fenómenos naturales y proveía a los hombres cultos de la corte una formación cosmográfica elemental (la obra fue escrita por indicación del rey visigodo Sisebuto entre los años 612 y 621). La ciencia aquí expuesta era propedéutica para el conocimiento de Dios. Se conservan casi veinte manuscritos, completos o fragmentarios, de *De natura rerum* anteriores al siglo IX, lo que habla de la vasta difusión precarolingia de este tratado.

Los cuarenta y ocho capítulos que forman la obra están divididos en tres partes que tratan de tres ciencias distintas. Los ocho primeros constituyen un tratado de *Hemerología* o arte de componer los calendarios. Los diecinueve siguientes están consagrados a la cos-

⁴Se trata de los *topoi* de la *translatio studii* y *translatio imperii*, muy importantes en la Edad Media, y que estuvieron particularmente vivos, al menos desde el siglo XII, gracias a Hugues de Saint-Victor, Otton de Freising y Chrétien de Troyes. El *topos* se basa en una reflexión sobre el lugar donde estaban depositados y el poder y el saber a lo largo de la historia. El saber nació en oriente, pasó a Grecia, y de ahí a Roma y luego Francia.

mografía, y los últimos describen y explican los principales fenómenos naturales, como la formación de las mareas, las crecidas del Nilo y los terremotos. La obra está acompañada por algunas figuras, de las que seis tienen una forma circular, y a ellas se debe que en una parte de su transmisión manuscrita recibiera el nombre de *Liber rotarum*. Como es sabido, la *rota*, la rueda solar primitiva, símbolo por excelencia del sol (y que representa el zodíaco en los calendarios antiguos), se convirtió en la imagen clásica del mundo. Las especulaciones de Aristóteles en su tratado *Sobre el cielo* sancionaron esta figura de origen inmemorial. La rueda se convirtió por extensión en símbolo del tiempo, y fue relacionada con las revoluciones circulares de los astros, y con la teoría, de origen pitagórico, de la recreación o regeneración de los seres. Para Virgilio las almas se reencarnaban después de haber hecho “girar la rueda miles de años”. Séneca habla de la “*rota vertentis anni*” y cuando Jerónimo intenta una exégesis de la visión de Ezequiel, las cuatro ruedas del texto profético evocan para él el ciclo de las cuatro estaciones anuales. La rueda se convirtió, además, en un poderoso símbolo de la filosofía moral pues se vinculó al tema de la rueda de la fortuna, que puede seguirse desde poemas elegíacos hasta la *Consolatio* de Boecio, apenas un siglo anterior a *De natura rerum*, y que aparece después a lo largo de la Edad Media. Se observa, pues, una enorme atracción por la figura circular, que tanto influye en el pensamiento y en el arte, y que va desde los sencillos diagramas a los rosetones de las catedrales y las colegiatas medievales. El modelo circular para el universo es muy antiguo. La rueda se utilizaba para la representación del espacio y tiempo, tanto separados como de forma conjunta, y remite a la perfección de la obra divina.

La tradición antigua de las figuras circulares es muy rica y compleja. Su trasfondo es religioso y literario, filosófico y decorativo, y este rico caudal desemboca en las ilustraciones de la obra. Encontraremos la representación del calendario en la ‘rueda de los meses’, que podría provenir de un tratado hemerológico cristiano, hoy desaparecido, las *Astrónomicas* de Higinio, cuya huella es más que probable en esta parte de *De rerum natura*. Su origen remonta, posiblemente, a la civilización egipcia. La “rueda del año” señala las correspondencias entre las cualidades de los elementos, las estaciones y los puntos cardinales. Esta relación parece que proviene de un comentario de la *Física* de Aristóteles, divulgado en un compendio de la baja latinidad. Otra figura es la ‘rueda del mundo’ que junto a la tradición aristotélica de los cuatro elementos recoge las correspondencias entre el microcosmos humano y el macrocosmos. El paralelo entre los cuatro humores y las cuatro estaciones es clásico en la medicina antigua. La ‘rueda de los planetas’ presenta un esquema de coronas análogo a la rueda de los meses. Por lo demás, la relación de la ‘rosa de los vientos’ con la descripción de los diferentes vientos en la literatura técnica de la antigüedad es evidente. Finalmente, aparece un mapa del mundo, posterior a los otros diagramas, y que sirve como último párrafo de la obra e incorpora unos párrafos, uno para cada continente, en los que se ofrece información de origen bíblico y pagano. Es posible que todas estas figuras provengan de los manuales escolares que adaptaban la filosofía de Aristóteles y la de Platón.

Las ideas, expresadas de manera tan resumida en *De natura rerum*, se desarrollaron mucho en las *Etimologías*, donde se trata de astronomía, del tiempo, de los pueblos y sus lenguas y las ciudades, y se traza también una detallada geografía. El libro XIV de las *Etimologías* influyó profundamente en los inspiradores y diseñadores de mapas.

4. Mapas y formas

Durante muchos años, el horizonte geográfico se limitó a un horizonte espiritual de la cristiandad. Se admitía en general que la tierra era redonda —esférica—, y que estaba inmóvil en el centro del universo. La afirmación de que durante la Edad Media se consideraba que la tierra era un plano es insostenible y se ha revisado. La Edad Media es un período demasiado extenso y complejo y la cuestión demasiado grave como para considerar que todos los hombres cultos, los marineros y hombres de costa o los viajeros pensarán lo mismo. Beda el Venerable sostenía en *De Natura rerum* y en *De Temporum ratione* que la tierra era esférica.⁵ Por otro lado, la idea de que fuera circular es engañosa (Tattersall: 1981, 33). Los hacedores de mapas no conocían la técnica de representar la esfera en un plano. Pero son muchos los tratados en los que queda clara la esfericidad del planeta. En las *imago mundi* francesas de los siglos XII y XIII se expresa con claridad. Tanto las *Divisiones mundi* de Perot de Garbelei, como la *Image du monde* de 1246 sostienen que la tierra es una esfera.

Conviene, además, ser cauto al usar los términos *redondo* y *esférico*. El francés medieval, por ejemplo, no tiene una expresión única para referirse a la noción de esfericidad. El término 'redondo' se aplicaba, como sucede hoy en el español o el inglés coloquial, lo mismo a esférico que a redondo. Tobler – Lommatzsch en su *Altfranzösisches Wörterbuch* (vol VIII, cols. 852 - 854), ofrece interesantes ejemplos de que *röndede* puede significar, indistintamente, redondo o esférico.⁶ ¿Cómo se las ingeniaba un autor para expresar el carácter esférico? La solución era acudir a una comparación o a una metáfora. En las *Divisiones mundi* (I, 48) el autor describe la tierra como 'rond comme une pomme' y lo mismo leeremos en el tratado *Image du monde* (Tattersaal, 1981, p. 35).

El breve espacio de que dispongo no me permite presentar una clasificación que dé cuenta de la riqueza y diversidad de la tradición cartográfica medieval. Una misma obra, como el *Liber Floridus* de Lambert de Saint-Omer (hacia 1100), contiene varios mapas del

⁵En el difundidísimo *Libro de las maravillas* de Mandeville (segunda mitad del siglo XIV) se explica claramente el carácter esférico del planeta: 'Car nuestra tierra es en la baxa partida de la tierra vers occident, et la tierra Preste Johan es en la baxa partida vers orient, et han alla el dia *quando* nos avemos la noche, et assi al contrario, eillos han la noche quando nos avemos el dia, car la tierra et la mar son de forma rronda, et lo que puya al un costado hombre descende al otro costado'. Juan de Mandevilla, *Libro de las maravillas del mundo* (Ms. Esc. M-III-7), edición crítica, estudio preliminar y notas de María Mercedes Rodríguez Temperley, Buenos Aires, Secrit, 2005, p. 95.

⁶Debe además tenerse en cuenta que no hubo una palabra que significara mapa de manera exclusiva. Encontraremos carta, *tabula* (*geographica*), por obvia metonimia del soporte. Existía *mappa*, que significaba "servilleta", "mantel", pero también "tapiz". En época tardía-medieval, debe tenerse en cuenta la palabra *imago* (*mundi*). Las palabras 'pictura' o 'figura' estaban relacionados también con estos conceptos. Es posible que para "planos" urbanos, parece haberse empleado *forma*, como la famosa *forma Urbis*, de tiempos de Adriano, inscrita en mármol, que estaba adosada a un gran muro de los Foros imperiales.

mundo, trazados de acuerdo con principios diferentes y difíciles de conciliar. En cuanto a la extensión que abarcan con la imagen, el material cartográfico se puede clasificar en mapamundis (*mappae mundi*), que representan toda la tierra o el ecumene, mapas regionales y mapas marinos o *portulanos*. La forma que se le da a la tierra varía también, pues puede ser un círculo, un óvalo o un rectángulo. No siempre predomina la preocupación por el objeto, sino el deseo de poner de relieve una interpretación del mismo. En algunos casos son las divisiones del mundo (tripartita, en cinco o siete zonas climáticas) la que predomina en la representación.⁷

El mapa más sencillo, conocido como T - O, es aquel que solamente representa el mundo conocido en un círculo en el que aparecen los tres continentes. Asia ocupa dos veces el tamaño de Europa y África. Es una representación muy antigua de la que ya se burlaba Heródoto en sus *Historias* (IV, 36 y 42).⁸ Cuando se añadieron los puntos cardinales, los vientos (cuatro, ocho o doce), y el agua que marcaba las fronteras entre los continentes, el dibujo sirvió de base para ofrecer más información y se fue complicando y enriqueciendo poco a poco.

La estructura T - O es un marco de una importancia enorme en la cartografía medieval. Parece que la interpretación como *Terrarum Orbis* es tardía, así como la idea de que la T es un crucifijo sobreimpuesto a la esfera de la tierra que significaría la salvación de Cristo. Todavía en el mapa de Ebstorf se ve el rostro de Cristo arriba y en los lados y abajo, las manos y los pies. El espacio vacío de los continentes en estos mapas se completó con los nombres o las características de cada región o con referencias a los hijos de Noé y a personajes de la antigüedad. Otros mapas provienen del célebre *Comentario de Macrobio* al sueño de Escipión, y recuerdan la antigua tesis griega que dividía el globo en cinco zonas, dos heladas en los polos, dos templadas y una tórrida en el ecuador. Una variante es la división en siete climas, de acuerdo con la latitud. Esta clasificación parece que nació de Hiparco (s. II a. C.). Hay otra tradición que coexiste desde la Alta Edad Media con la de los mapamundis: la tradición del *situs*, la representación de un lugar, en la que se combinan el plano y las imágenes. Durante siglos, Jerusalén, Roma o Constantinopla fueron objeto de esta clase de representaciones, destinadas en muchos casos para los peregrinos.

⁷La tierra se representó también según algunas imágenes de la Biblia, como la del arca de Noé o el tabernáculo descrito a Moisés entre los capítulos 25 y 31 del libro del Éxodo. Estos mapas suponen una interpretación del mundo. Es el caso de Cosmas Indicopleustes, que construyó un mundo en el que se unían realidades físicas y espirituales, basadas en claves de la Biblia, como en el libro del Éxodo antes citado, pero también Corintios II, V (“Si nuestro albergue terrestre, esta tienda de campaña”) y Hebreos, IX.

⁸“Pero me da risa ver que ya ha habido muchos que han trazado mapas del mundo sin que ninguno los haya comentado detallada y sensatamente: representan un océano que, con su cuso, rodea la tierra —que según ellos es circular, como si estuviese hecha con un compás— y dan las mismas dimensiones a Asia que a Europa.” 316-317. Por consiguiente, me extraño de que se haya podido delimitar y dividir el mundo en tres partes, Libia, Asia y Europa, cuando las diferencias entre ellas no son exiguas. (...) Europa tiene la misma extensión que las otras dos juntas”. Es posible que Heródoto tuviera en mente el mapa que parece ser que trazó Anaximandro. Parece ser que, en virtud de la simetría, los mapas del mundo se trazaban a partir del Mediterráneo. Para Heródoto, en cambio, Europa tenía por su longitud la misma extensión que Asia y Libia (Libia es África) juntas, pues el norte de Asia lo considera una parte de Europa. (Heródoto libro IV (§§ 36 y 42) y libro V § 49). Véase Heródoto, *Historia*, traducción y notas de Carlos Schrader, Madrid: Gredos, 1981.

Si los hacedores de mapas no disponían de uno para copiar e incorporar al código, podían servirse de descripciones, pero como eran muy vagas, no es raro que los mapas que surgieran de aquel trabajo fueran muy distintos, dependiendo de quien lo diseñara. Además de las fuentes librescas, tuvieron a veces en cuenta el testimonio de viajeros, como se aprecia en el mapa de Ebstorf.⁹ Cuando los cruzados regresaron, los hacedores de mapas e historiadores incluyeron su información en los mapas y en los textos.

De todos los mapas medievales de grandes dimensiones sólo sobrevive el que está en la catedral de Hereford, que se trazó en una sola pieza de pergamino, de 1.58 x 1.33m y que se ha fechado en el último tercio del siglo XIII, después de 1283. El mapa es, en realidad, una enciclopedia organizada geográficamente, donde se representa un abigarrado conjunto de hechos. Uno de los objetivos de quien diseñó el mapa fue presentar el transcurso histórico en un espacio geográfico. El tiempo corre a través del mapa, desde la expulsión del paraíso en el este, la sucesión de los imperios, hasta las más modernas ciudades en el oeste. Jerusalén aparece en el centro, señalada por la escena de la crucifixión. El paraíso es una isla fortificada que está en la parte alta del mapa.

Se representan, además, ciudades, sucesos bíblicos, plantas y animales, más de treinta pueblos de la tierra y escenas de mitología clásica. Ulises, el más célebre de los viajeros, comienza su periplo en Troya y va a la tierra de los comedores de loto, a la isla de Calipso. Jasón es presentado con el vellocino dorado. Muchos topónimos provienen de itinerarios antiguos y otros son contemporáneos a la elaboración del mapa. El contenido bíblico del mapa (la estatua de Lot, Sodoma y Gomorra, el paso del Mar Rojo, los viajes de San Pedro a Éfeso, a Corinto, a Creta) es muy importante, aunque está empujado por la gran cantidad de nombres del resto del mundo que se recogen. Se reproducen las rutas de peregrinos por Francia, como la *Voie Regordane* y el *Templum Sancti Jacobi* y aparecen los nombres de Solino, Isidoro de Sevilla y Aethicus Ister (siglos VII y VIII). Los monstruos, como suele suceder, los encontramos en Asia.

No sabemos muy bien dónde se exhibió este mapa extraordinario. Puede que ocupara un lugar de privilegio en el altar, pero pudo utilizarse también con fines didácticos. El asunto afecta también a todos los grandes mapas, como el de Ebstorf, hoy desaparecido. No se olvide que los mapas tuvieron, además, un uso decorativo. Algunos se pintaron en palacios reales, y otros aparecen en miniaturas en las ilustraciones marginales de los manuscritos y en iniciales iluminadas.

5. Imagen del mundo, historia. Teología

Tres son las constantes que orientan el diseño y elaboración de los mapas medievales: la teología cristiana, los saberes heredados de la antigüedad y el deseo de reflejar algunas constantes geográficas y algunos hechos históricos trascendentales. En muchos casos, los

⁹En este mapa (hacia 1235) se aprecia ya cierto enciclopedismo, muy cercano al escolasticismo que ya apuntaba en la época. Combina la localización de lugares, sea real o simbólica, con la representación de edificaciones o animales, integra la historia con la teología, la teratología (los monstruos dispersos por la tierra).

mapas intentaron reconciliar la teología con la ciencia antigua y con la historia. Como es sabido, el estudio de la historia no ocupaba un lugar privilegiado, como disciplina independiente en la formación académica, por ello, los relatos históricos pueden aparecer en lugares no esperados, como en obras de exégesis bíblica, libros de cálculo, enciclopedias y tratados acerca de la naturaleza, pero también en crónicas y en mapas (algunos se llamaban *estorias*, como ya dije). En estas obras, tan diversas, los relatos históricos apoyaban y reforzaban las ideas medievales acerca del designio del universo y los propósitos de Dios.¹⁰

Debe señalarse que algunos mapas (y también diagramas y modestos esquemas y gráficos) ocupan un lugar privilegiado en algunos códices, y no deben interpretarse aisladamente, sino relacionando los textos con la imagen que representan. Pueden aducirse muchos ejemplos, como el *Liber Floridus* de Lamberto de San Homero compilado a principios del siglo XII (1112-21). Las representaciones cartográficas incluidas son el centro de la obra y una de las claves para interpretarlo, tal y como ha demostrado Danielle Le Coq (1987). La obra debe leerse teniendo siempre en cuenta texto e imagen, pues uno y otro crean una completa visión del mundo, espacial y temporal, física y espiritual. No olvidemos que al tiempo que compartimentaban el espacio, los mapas eran documentos teológicos e históricos. En los primeros tiempos de la Edad Media se hizo un esfuerzo no sólo para preservar la herencia clásica sino también para incluirla en un molde cristiano. Jerónimo, Agustín, Orosio e Isidoro fueron los encargados de esta tarea.

Al describir el mundo, algunos hacedores de mapas querían mostrar el significado de los lugares y su relación con el lugar donde estaban emplazados. Jerusalén, por ejemplo, que no fue una ciudad demasiado relevante en el imperio romano, pasó a convertirse en el centro geográfico y espiritual de los mapas. Esta era la visión de Dante, que sitúa Jerusalén en el centro del orbe, en el lado opuesto al Purgatorio, en cuya cima estaba el Paraíso terrenal. Sabido es que Rabano Mauro encontraba en la palabra *Jerusalén* los cuatro sentidos de la palabra mostrados por el método exegético.¹¹ La exégesis y la geografía van, una vez más, de la mano.

Las dificultades de aunar hechos históricos con ideas abstractas, de presentar geografía, historia y teología en un mapa eran considerables, tanto en el terreno conceptual como

¹⁰ Según Zumthor, el mapamundi es el equivalente geográfico de las crónicas universales. 'El mapamundi exalta la unidad de la creación y de la historia de la humanidad, que se percibe como una manifestación de la Providencia'. Para este autor, es significativo que se designe a los mapas con el nombre de *historia*, término que representa al mismo tiempo la 'imagen' y el 'relato'. Richard de Haldingham sigue designando en francés con la palabra *estoire* el gran mapamundi que pintó hacia 1290. (Zumthor, 1994 p. 312) Por su parte Seznec decía refiriéndose a las *Sommes*: 'Synthèses de caractère encore tout scolastique, groupant des éléments traditionnels: astres, sciences, vertus, héros bibliques et païens; et traduisant les relations entre l'homme et le monde, et les harmonies de la nature, de la morale et de l'histoire.' Seznec, 1980, p. 253.

¹¹ *Hierusalem* es la 'ciudad de los judíos' (significado literal), pero es también 'iglesia de Cristo' (significado alegórico), quiere decir también 'el alma del hombre' (sentido tropológico), y es, finalmente, 'la ciudad de Dios' (sentido alegórico). Jerusalén se convirtió en el centro del círculo, la figura más común para representar la tierra. Los mapamundis circulares son los más numerosos y los más cuidados, así como los más ricos en información. Como dice Zumthor: "La mirada contemplativa que los abarca, desplazándose desde el centro hacia la periferia, pasa de lo conocido a lo desconocido, alcanzando por fin las zonas de las que nadie sabe nada, pero cuyo sentido se ordena en el recorrido mismo. por eso es tan importante el centro del círculo, tanto si se concibe como un espacio (una región) o un punto: en ese caso, suele tratarse de Jerusalén." (Zumthor, 1994: p. 311)

en el de la composición gráfica. ¿Cómo representar la secuencia de los hechos si todo sucede simultáneamente en el mapa? El problema se resolvía, en parte, poniendo al lado de los hechos párrafos explicativos de texto. Es posible que estas explicaciones escritas se completaran con explicaciones orales, sobre todo en los grandes mapas de pared, como el de Hereford.

A partir del siglo XIV la elaboración de los mapas experimentó cambios importantes. Aparecieron las cartas náuticas y los portulanos, (colección de planos encuadrados en forma de atlas) que fueron incorporados poco a poco a los mapas de mundo. La *Geografía* de Ptolomeo favoreció estos cambios. Esta obra no era una descripción del mundo sino un tratado de cartografía. Aunque la obra, tal y como se leyó, carecía de mapas¹², ofrecía procedimientos para proyectar la superficie curva de la tierra en un plano. Este y otros hechos, como la exploración y el despertar de la vocación científica empírica, sacaron los mapas del dominio de los artistas y los teólogos, y geógrafos y geómetras pasaron a componerlos. Los viajes y el comercio exigían mapas de otra índole.¹³

He comenzado estas páginas señalando que comienzo mis clases de Literatura románica medieval presentando la imagen del mundo y que relaciono el contenido de estas clases con las obras literarias del programa. Creo que han quedado apuntados algunos aspectos que van en esta dirección. Me interesa la relación entre las imágenes de los mapas y los textos que las interpretan (desde los mapas de los beatos al de Hereford), me interesa la relación entre los hechos narrados en las obras históricas y su representación en los mapas. Pero, sobre todo, me interesa la descripción de mapas tal y como se refleja en importantes obras literarias. En los primeros *romans* franceses (siglo XIII) y en la lírica culta latina desempeñan un papel importante en la trama. Se trata de un asunto mayor que requiere mucho más espacio.¹⁴

¹² Fueron muy posteriores al texto. En 1475 se imprimió el texto y en 1477 el texto acompañado de unos mapas.

¹³ El mapamundi de Abraham Cresques, aunque presenta el mismo carácter globalizador, utiliza ya datos de los portulanos confeccionados por navegantes catalanes y ofrece, además, datos que provienen de relatos de viajes. Los portulanos son mapas costeros que indican los accidentes y localidades que jalonan una ruta determinada. Los portulanos no pretenden ninguna imagen enciclopédica, sino que tienen en cuenta espacios concretos y señala distancias. El portulano supone el uso de una brújula. Parece que Luis IX dispuso ya de un portulano para la cruzada de 1270.

¹⁴ Desarrollo esta cuestión en mi artículo “La imagen del mundo y la literatura”, que aparecerá en las Actas de la XIX Semana de Estudios de Nájera, donde ofrezco, además, una bibliografía más amplia.

Referencias bibliográficas

Presento sólo algunas referencias bibliográficas. De alguna de ellas no hago mención en el texto, pero me han servido para la elaboración de estas páginas. Remito al artículo citado en nota 13.

- ARENTZEN, J.-G. (1984), *Imago mundi Cartographica. Studien zur Bildlichkeit mittelalterlichen Welt- und Ökumenenkarten unter besonderer Berücksichtigung des Zusammenwirkens von Text und Bild*, München.
- BRINCKEN, Anna-Dorothee von den, 1968, “Mappa mundi und chronographia: Studien zur imago mundi des abendländischen Mittelalters”, *Deutsches Archiv für Erforschung des Mittelalters*, 24, 118-196.
- DESTOMBES, Marcel, ed. 1964, *Mappemondes, AD 1200-1500: Catalog préparé par la Commission des Cartes Anciennes de l'Union Géographique Internationale*, Amsterdam.
- EDSON, Evelyn, 1999, *Mapping Time and space. How Medieval Mapmakers viewed their world*, London: The British Library.
- ELIADE, Mircea 1973, *Lo sagrado y lo profano*, Madrid: Ediciones Guadarrama.
- GUARDINI, Romano, 1963 *El ocaso de la Edad moderna*, Madrid: Ediciones Guadarrama.
- GURIÉVICH, Arón, 1990. *Las categorías de la cultura medieval*, Madrid: Taurus.
- HARLEY, J.B. y WOODWARD, D., 1987: *The History of cartography*, I, Chicago University Press.
- FLINT, Valery ed. (1982). Honorius Augustodunensis, *Honorius Augustodunensis Imago mundi*, en *Archives d'histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Âge*, XLIX, pp. 1-151.
- ISIDORO DE SEVILLA, 1982-1983, *Etimologías*, traducción de Oroz y Marcos, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- ISIDORO DE SEVILLA, 1960, *Traité de la nature*, édité par Jacques Fontaine, Bordeaux: Féret et Fils Éditeurs, Bordeaux.
- LE COQ, Danielle 1987, ‘Le Mappemonde du ‘Liber Floridus’ ou la Vision du Monde de Lambert de Saint Homer’, en *Imago mundi*, vol. 39, 9 – 49.
- LE GOFF, Jacques. 1969, *La civilización del occidente medieval*, Barcelona: Juventud.
- , 1977. “L’Occident médiévale et l’Ocean Indien: un horizon onirique”, en *Pour un autre Moyen Âge*, París.
- KITZINGER, E., «World Map and Fortune’s Wheel: A Medieval Floor in Turin», *The Art of Byzantium and the Medieval West: Selected Studies*, Bloomington – Londres, 327-356.
- LEWIS, C. S., 1980, *La imagen del mundo*, Barcelona: Antoni Bosch.
- MENÉNDEZ PIDAL, Gonzalo, 1954, ‘Mozárabes y asturianos en la cultura de la Alta Edad Media. En relación especial con la historia de los conocimientos geográficos’, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 134, 131-291.
- MILLER, K.: *Mappaemundi, die ältesten Weltkarten*, 6 vols (Stuttgart 1895-1898).
- MORALEJO ÁLVAREZ, S 2004 [1992], “El mundo y el tiempo en el Beato del Burgo de Osma” “El Beato de Osma” en *El Beato de Osma. Estudios*, Valencia: Vicent García, 1992, pp. 41-61. Recogido en *Patrimonio artístico de Galicia y otros estudios. Homenaje al Prof. Dr. Serafín Moralejo Álvarez*, coord. Ángela Franco Mata, tomo II, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 237 – 262.
- ROJO ORCAJO, T. (1931) “El beato de la catedral de Osma”, *Art Studies*, VIII, pp. 103-156.
- ROMERO POSE, E. (1985) *Sancti Beati a Liebana Commentarius in Apocalypsin*, Roma.
- RUBIO TOVAR, Joaquín, 1995 "Viajes, mapas y literatura en la España medieval", en *Los libros de viaje, Actas de las Jornadas sobre los libros de viaje del mundo románico*, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 321-343.

- , 1998, “Viaje e imagen del mundo en la *Divina Commedia*”, *Cuadernos del Cerny* 6, 125-146.
- , 2006, “Monstruos y seres fantásticos en la literatura y el pensamiento medievales”, en *Poder y seducción de la imagen románica*, Centro de Estudios del románico, Aguilar de Campoo, pp. 121 – 155.
- SCHIAPARELLI, Juan V., 1946. *La astronomía en el Antiguo Testamento*, Buenos Aires, Espasa Calpe, Colección Austral n° 526.
- SEZNEC, Jean 1980, *La survivance des dieux antiques. Essai sur le rôle de la tradition mythologique dans l'humanisme et dans l'art de la Renaissance*, Paris: Flammarion.
- TATTERSALL, Jill, 1981, “Sphere or Disc? Allusions to the Shape of the Earth in some Twelfth-century and Thirteenth-century Vernacular French Works”, *Modern Language Review*, 76:1 (1981: Jan) pp. 31-51.
- THROWER, N. J. W 2002, *Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social*, Barcelona.
- VÁZQUEZ DE PARGA et al, (1985) *Los Beatos*, Europalia 85, Bruselas.
- YVES, Janvier, 1982, *La géographie d'Orose*, Paris.
- WILLIAMS, John (1994) *The illustrated beatus: a corpus of the illustrations of the Commentary on the Apocalypse*, London: Harvey Miller.
- WOLSKA-CONUS, Wanda, ed., 1968, *Cosmas Indicopleustès: Topographie Chrétienne*, Paris.
- ZUMTHOR, Paul.1994. *La medida del mundo*, Madrid: Cátedra.